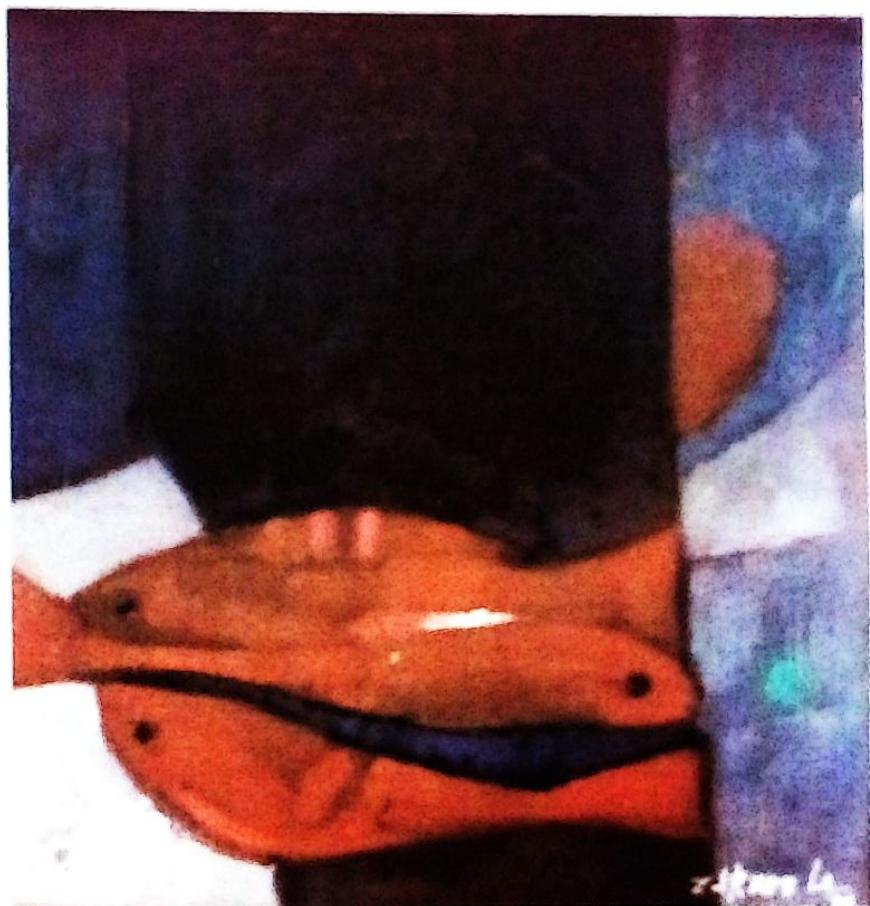


Se lo aparece cada quincena



Jacques Rousseau • Hugo Tapia

Julio Cortázar • Luis Urquieta

Efraín Huerta • Mariano Baptista • Mario Pinto

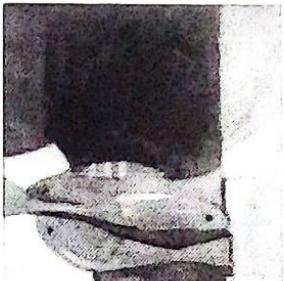


ZONA FRANCA ORURO  
CON NUESTRA CULTURA

## LA PATRIA

suplemento orureño de cultura

año XV n° 377 Oruro, domingo 28 de octubre de 2007



Erasmo Zarzuela Chambi  
*Peces rojos - Óleo*

## Existencia

Me parece que he gustado más la dulzura de la existencia, que realmente he vivido más cuando mis sentimientos oprimidos, por así decir, en torno a mi corazón por mi destino, no iban a evaporarse fuera, en todos los objetos de la estima de los hombres, que tan poca merecen por sí mismos, y que son la única ocupación de personas a las que se cree felices.

Jean Jacques Rousseau en: *Ensueños de un paseante solitario*.

## Hombre y tierra

### Prefacio

Un lazo profundo, viviente:  
hecho de dones materiales,  
de inquietudes y esperanzas,  
une al hombre y la tierra  
desde la hora inicial hasta siempre.

La tierra prodigiosa  
—en el laboratorio del tiempo—  
transforma su textura inanimada,  
en savia que será fruto  
y sangre, pensamiento.

El hombre, síntesis suprema  
de toda aptitud vital,  
aferra a la entraña materna  
raíces profundas, vigorosas,  
y semilla de identidad derrama.

¡Y son: unidad e interdependencia,  
fuerzas que inmortalizan la vida  
en la portentosa ley del cambio!

### Canto

En esta tierra, valle de luz,  
fuente de vida siempre nueva,  
fui germen y fui hombre.

Aquí...  
soñé mis primeros sueños;  
soñé con un cielo alto,  
sembrado de paz infinita;  
con la bondad humana:  
corazón limpio y mano franca  
cultivando esmerada y leal  
la tierra y la amistad.

Soñé con el molle,  
exponente de juventud,  
abrazado por vides  
de hojas translúcidas  
y racimos ingentes;  
con el guarapo,  
que embriaga de inocencia  
y pone un suave, alegre,  
ardimiento en el alma.

Con acequias  
—caminos de agua—  
acreciendo prolíficas  
como claros hilos de plata;  
con árboles enhiestos  
poblados de aves  
dibujando con trinos la tarde;  
con campos de alta-alta,  
y fecundas praderas,  
rebosantes de luz y amor

¡Aquí... hermosa tierra,  
soñé mis primeros sueños!



### Epflogo

En el tiempo,  
que de entonces me separa,  
he visto realizaciones maravillosas:

Obras de arte perfectas,  
máquinas complicadas, prodigiosas,  
que multiplican miles de veces  
las facultades humanas.

Pero también he visto:  
el agitarse febril  
de las pasiones más bajas,  
de los más oscuros designios,  
y en un mundo de opulencia  
y ciudades pobladas por millones,  
he visto al hombre sólo y exhausto  
rumiando sus penas y sus ambiciones.

No es que aquí  
el tiempo se hubiera detenido,  
ni la ciencia y el arte nos fueran ajenos  
¡Aquí la calidad del alma es distinta  
y la unidad del hombre y la naturaleza,  
sigue siendo el primer principio  
y la única forma de vida!

¡Aquí... en esta hermosa tierra  
soñaré mis últimos sueños!



## Axolotl

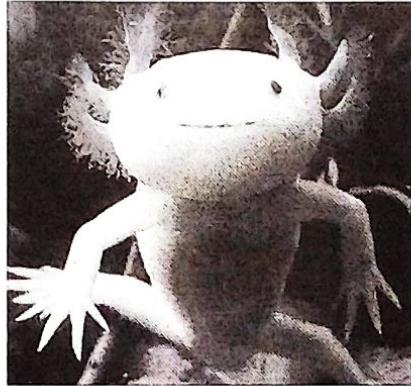
Hubo un tiempo en que yo pensaba mucho en los axolotl. Iba a verlos al acuario del Jardín des Plantes y me quedaba horas mirándolos, observando su inmovilidad, sus oscuros movimientos. Ahora soy un axolotl.

El azar me llevó hasta ellos una mañana de primavera en que París abría su colada de pavo real después de la lenta inviernada. Bajé por el bulevar de Port-Royal, tomé St. Marcel y L'Hôpital, vi los verdes entre tanto gris y me acordé de los leones. Era amigo de los leones y las panteras, pero nunca había entrado en el húmedo y oscuro edificio de los acuarios. Dejé mi bicicleta contra las rejas y fui a ver los tulipanes. Los leones estaban feos y tristes y mi pantera dormía. Opté por los acuarios, sostení a los peces vulgares hasta dar inesperadamente con los axolotl. Me quedé una hora mirándolos y salí, incapaz de otra cosa.

En la biblioteca Sainte-Geneviève consulté un diccionario y supe que los axolotl son formas larvales, provistas de branquias, de una especie de batracios del género ambistoma. Que eran mexicanos, lo sabía ya por ellos mismos, por sus pequeños rostros rosados aztecas y el cartel en lo alto del acuario. Leí que se han encontrado ejemplares en clínicas capaces de vivir en tierra durante los períodos de sequía, y que continúan su vida en el agua al llegar la estación de las lluvias. Encontré su nombre español, ajolote, la mención de que son comestibles y que su aceite se usaba (se dirían que no se usa más) como el de hígado de bacalao.

No quise consultar obras especializadas, pero volví al día siguiente al Jardín des Plantes. Empecé a ir todas las mañanas, a veces de mañana y de tarde. El guardián de los acuarios sonreía perplejo al recibir el billete. Me apoyaba en la barra de hierro que bordea los acuarios y me ponía a mirarlos. No hay nada de extraño en esto, porque desde un primer momento comprendí que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos. Me había bastado detenerme aquella primera mañana ante el cristal donde unas burbujas corrían en el agua. Los axolotl se amontonaban en el mezquino y angosto (sólo yo puedo saber cuán angosto y mezquino) piso de piedra y musgo del acuario. Había nueve ejemplares, y la mayoría apoyaba la cabeza contra el cristal, mirando con sus ojos de oro a los que se acercaban. Turbado, casi avergonzado, sentí como una impudicia asomarme a esas figuras silenciosas e inmóviles aglomeradas en el fondo del acuario. Aislé mentalmente una, situada a la derecha y algo separada de las otras, para estudiarla mejor. Vi un cuerpecito rosado y como translúcido (pensé en las estatuillas chinas de cristal lechoso), semejante a un pequeño lagarto de quince centímetros, terminado en una cola de pez de una delicadeza extraordinaria, la parte más sensible de nuestro cuerpo. Por ello me corría una aleta transparente que se fusionaba con la cola, pero lo que me obsesionó fueron las patas, de una finura sutilísima, acabadas en menudos dedos, en uñas minuciosamente humanas. Y entonces descubrí sus ojos, su cara. Un rostro inexpresivo, sin otro rasgo que los ojos, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente, carentes de toda vida pero mirando, dejándose penetrar por mi mirada que parecía pasar a través del punto áureo y perderse en un diáfano misterio interior. Un delgadísimo halo negro rodeaba el ojo y lo inscribía en la carne rosa, en la piedra rosa de la cabeza vagamente triangular, pero con lados curvos e irregulares, que le daban una total semejanza con una estatuilla corrodida por el tiempo. La boca estaba disimulada por el plano triangular de la cara, sólo de perfil se advinaba su tamaño considerable; de frente una fina hendidura rasgaba apenas la piedra sin vida. A ambos lados de la cabeza, donde hubieran debido estar las orejas, le crecían tres ramitas rojas como de coral, una excrecencia vegetal, las branquias, supongo. Y era lo único vivo en él, cada diez o quince segundos las ramitas se enderezaban rigidamente y volvían a bajar. A veces una pata se movía apenas, yo veía los diminutos dedos posándose con suavidad en el musgo. Es que no nos gusta movernos mucho, y el acuario es tan mezquino; apenas avanzamos un poco nos damos con la cola o la cabeza de otro de nosotros; surgen dificultades, peleas, fatiga. El tiempo se siente menos si nos estamos quietos.

Fue su quietud lo que me hizo inclinarme fascinado la primera vez que vi los axolotl. Oscureamente me pareció comprender su voluntad secreta, abolir el espacio y el tiempo



con una inmovilidad indiferente. Después supe mejor, la contracción de las branquias, el tanteo de las finas patas en las piedras, la repentina natación (algunos de ellos nadan con la simple ondulación del cuerpo) me probó que eran capaces de evadirse de ese sopor mineral en que pasaban horas enteras. Sus ojos, sobre todo, me obsesionaban. Al lado de ellos, en los restantes acuarios, diversos peces me mostraban la simple estupidez de sus hermosos ojos semejantes a los nuestros, los ojos de los axolotl me decían de la presencia de una vida diferente, de otra manera de mirar. Pegando mi cara al vidrio (a veces el guardián losía, inquieto) buscaba ver mejor los diminutos puntos áureos, esa entrada al mundo infinitamente lento y remoto de las criaturas rosadas. Era inútil golpear con el dedo en el cristal, delante de sus caras; jamás se advertía la menor reacción. Los ojos de oro seguían ardiendo con su dulce, terrible luz; seguían mirándome desde una profundidad insondable que me daba vértigo.

Y sin embargo estaban cerca. Lo supe antes de esto, antes de ser un axolotl. Lo supe el día en que me acerqué a ellos por primera vez. Los rasgos antropomórficos de un mono revelan, al revés de lo que crea la mayoría, la distancia que va de ellos a nosotros. La absoluta falta de semejanza de los axolotl con el ser humano me probó que mi reconocimiento era válido, que no me apoyaba en analogías fáciles. Sólo las manecitas... Pero una lagartija tiene también manos así, y en nada se nos parece. Yo creo que era la cabeza de los axolotl, esa forma triangular rosada con los ojillos de oro. Eso miraba y sabía. Eso reclamaba. No eran animales.

Parecía fácil, casi obvio, caer en la mitología. Empecé viendo en los axolotl una metamorfosis que no conseguía anular una misteriosa humanidad. Los imaginé conscientes, esclavos de su cuerpo, infinitamente condenados a un silencio absal, a una reflexión desesperada. Su mirada ciega, el diminuto disco de oro inexpresivo y sin embargo terriblemente lúcido, me penetraba como un mensaje: "Sálvanos, salvávanos". Me sorprendía musilando palabras de consuelo, transmitiendo pueriles esperanzas. Ellos seguían mirándome, inmóviles; de pronto las ramillas rosadas de las branquias se enderezaban. En ese instante yo sentía como un dolor sordo; tal vez me veían, captaban mi esfuerzo por penetrar en lo impenetrable de sus vidas. No eran seres y humanos, pero en ningún animal había encontrado una relación tan profunda conmigo. Los axolotl eran como testigos de algo, y a veces como horribles jueces. Me sentía inmóvil frente a ellos; había una pureza tan espantosa en esos ojos transparentes. Eran larvas, pero larva quiere decir máscara y también fantasma. Detrás de esas caras aztecas, inexpresivas y sin embargo de una残酷 implacable, ¿qué imagen esperaba su hora?

Les temía. Creo que no haber sentido la proximidad de otros visitantes y del guardián, no me hubiese atrevido a

quedarme solo con ellos. "Usted se los come con los ojos", me decía riendo el guardián, que debía suponerme un poco desequilibrado. No se daba cuenta de que eran ellos los que me devoraban lentamente por los ojos, en un canibalismo de oro. Lejos del acuario no hacía más que pensar en ellos, era como si me influyeran a distancia. Llegué a ir todos los días, y de noche los imaginaba inmóviles en la oscuridad, adelantando lentamente una mano que de pronto encontraba la de otro. Acaso sus ojos veían en plena noche, y el día continuaba para ellos indefinidamente. Los ojos de los axolotl no tienen párpados.

Ahora sé que no hubo nada de extraño, que eso tenía que ocurrir. Cada mañana, al inclinarme sobre el acuario, cada fibra de mi cuerpo alcanzaba ese sufrimiento amordazado, esa tortura rígida en el fondo del agua. Espiaban algo, un remolino señorío aniquilado, un tiempo de libertad en que el mundo había sido de los axolotl. No era posible que una expresión tan terrible que alcanzaba a vencer la inexpressividad forzada de sus rostros de piedra, no portara un mensaje de dolor, la prueba de esa condena eterna, de ese infierno líquido que padecían. Inútilmente quería probarme que mi propia sensibilidad proyectaba en los axolotl una conciencia inexistente. Ellos y yo sabíamos. Por eso no hubo nada de extraño en lo que ocurrió. Mi cara estaba pegada al vidrio del acuario, mis ojos trataban una vez más de penetrar el misterio de esos ojos de oro sin iris y sin pupila. Veía muy de cerca la cara de un axolotl inmóvil junto al vidrio. Sin transición, sin sorpresa, vi mi cara contra el vidrio, la vi fuera del acuario, la vi del otro lado del vidrio. Entonces mi cara se apartó y yo comprendí.

Sólo una cosa era extraña: seguir pensando como antes, saber, darme cuenta de eso fue en el primer momento como el horror del enterrado vivo que despierta a su destino. Aluera, mi cara volvía a acercarse al vidrio, veían mi boca de labios apretados por el esfuerzo de comprender a los axolotl. Yo era un axolotl y sabía ahora instantáneamente que ninguna comprensión era posible. Estaba fuera del acuario, su pensamiento era un pensamiento fuera del acuario. Conociéndolo, siendo él mismo, yo era un axolotl y estaba en mi mundo. El horror venía —lo supe en el mismo momento— de creerme prisionero en un cuerpo de axolotl, transmigrado a él con mi pensamiento de hombre, enterrado vivo en un axolotl, condenado a moverme lúcidamente entre criaturas insensibles, pero aquello cesó cuando una pata vino a rozarme la cara, cuando moviéndome apenas a un lado vi a un axolotl junto a mí que me miraba, y supe que también él sabía sin comunicación posible pero tan claramente. O yo estaba también en él, o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraban la cara del hombre pegada al acuario.

Él volvió muchas veces, pero viene menos ahora. Pasa semanas sin asomarse. Ayer lo vi, me miró largo rato y se fue bruscamente. Me pareció que no se interesaba tanto por nosotros, que obedecía a una costumbre. Como lo único que hago es pensar, pude pensar mucho en él. Se me ocurre que al principio continuamos comunicados, que él se sentía más que nunca unido al misterio que lo obsesionaba. Pero los puentes están cortados entre él y yo, porque lo que era su obsesión es ahora un axolotl, ajeno a su vida de hombre. Creo que al principio yo era capaz de volver en cierto modo a él —ah, sólo en cierto modo— y mantener alerta su deseo de conocernos mejor. Ahora soy definitivamente un axolotl, y si pienso como un hombre es sólo porque todo axolotl piensa como un hombre dentro de su imagen de piedra rosa. Me parece que de todo esto alcancé a comunicarle algo en los primeros días, cuando yo era todavía él. Y en esta soledad final, a la que él ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axolotl.

Julio Cortázar. Argentina 1914 -  
El cuento pertenece a Final de juego



Luis Urquieta Molleda**El itinerario de****Discurso de Ingreso del Ing. Luis Urquieta Mo**

En sesión pœblica y solemne, el viernes 28 de septiembre en la ciudad de La Paz, el ingeniero ci a la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española. El acto se llevó a cabo parte— versa sobre la obra del escritor D. Alberto Guerra Gutiérrez. La respuesta que estuvo a carg



Medalla de ingreso que recibió D. Luis Urquieta como nuevo miembro de la Academia Boliviana de la Lengua

(Segunda y última parte)

**LA VETA ANTROPOLOGICA****El Tío de la mina**

En Oruro, el universo de la mina se anuda con el de las culturas nativas. Alberto no sólo se impuso develar esa amalgama expresada en el folklore, sino que lo reivindicó. Ciertamente, las culturas populares habían sido estigmatizadas. Al viejo Carnaval de raigambre popular no le era permitido entrar en la plaza principal, debía rodear la mina llos para acercarse al templo de la virgen morena. La ritualidad religiosa de los mineros y los migrantes rurales asustaban a las clases altas que, debido a su ignorancia, asumían la espiritualidad andina como una suma de supersticiones y de prácticas anacrónicas "propias de las culturas inferiores".

Alberto Guerra desplegó un trabajo monumental para encontrar el valor de esas manifestaciones. Explicó algo esencial: el corpus mítico y religioso del carnaval.

Habíó de la humanidad de los diablos, de los morenos, transparentó los signos del

*ethos* popular y no quedó ahí, terminó escribiendo sobre "El Tío de la mina" como referente del carnaval y reflejo del pensamiento, del sentimiento y de las costumbres que caracterizan a las poblaciones mineras y su entorno andino, y cuyas manifestaciones mitológicas y legendarias dieron origen a una religión sincrética que rige en América desde la dominación española.

También ayudó a comprender que la implantación del catolicismo sirvió para el nacimiento y vigencia de una nueva manifestación cultural con valores espirituales nativos que hoy caracterizan al folklore andino; esencia ecléctica que admite la participación compartida de deidades locales con el santoral, la Virgen y el Dios católico en un equilibrio emocional de acentuada fe religiosa.

Los relatos provenientes de la oralidad en su esencia mágico-realista se eslabonan por una constante mitológica: la presencia del Tío de la mina.

En su obra *Trayectoria de una deidad calumniada*, Alberto Guerra advierte que tres personajes legendarios pertenecientes a culturas diferentes son confundidos o mixtificados, ellos son: huari, supay y el diablo. *Huari* equivalente a "vicuña", dios milenario de los *urus*, primeros habitantes de la región meridional del altiplano andino; *supaya*, deidad terriágena del universo *colla* de habla *aimara*, adoptado más tarde por los *quechuas* con el nombre de *supay* y, el diablo que llega al Nuevo Continente en las carabelas de los conquistadores, como contraste del "verdadero dios", además fuente de todo mal y degradación humana.

Aunque este último esquema era desconocido a la percepción religiosa andina, porque en ella toda diidad es omnipotente y dúctil, la imposición cultural alimentó la confusión pero no el olvido. Así, el carnaval como fenómeno trashumante, pasó de lo original pagano a lo ecléctico religioso.

Por encima de todo decoro bíblico, veámos en los versos que siguen, cómo el diablo entra en el templo católico y rinde homenaje a la Virgen de la Candelaria o del Socavón:

Venimos desde el infierno / a pedir tu protección / todos tus hijos los diablos / ¡Mamita del Socavón!

Las cuentas de tu rosario / son balas de artillería / deliéndenos pues con ellas / ya de noche, ya de día.

El devoto no es sino el nativo andino detrás del disfraz y la máscara en otra expresión de resistencia cultural, que viene a entregar su ofrenda peltoría al lugar sagrado o *waca* donde habita una deidad femenina. *Recordemos*—dice Guerra— que durante la colonia toda iglesia se erigió sobre una *waca* a iniciativa del Virrey Toledo quien, con intuición antropológica, había ordenado superponer al "buen Dios" sobre las piedras paganas.

**La empatía social**

También escribió sobre la cultura de los *Chipaya*, un primitivo y enigmático grupo humano, con el que convivió por esa necesidad de identificarse con el otro, de hacer empatía, recuperando sus mitos, su vida coldiana, su manera de relacionarse y ver el mundo diáfrano.

Tomando las palabras de Levy Strauss, diríamos que Alberto Guerra se encontró ante un grupo humano más ampliamente libre con respecto al determinismo natural en el sentido de que el hombre y las condiciones de su existencia están esencialmente dadas por sus sueños y sus especulaciones, y que gracias a su interacción con la naturaleza goza de una gran autonomía.

Indagó Oruro incluso en sus ritos medicinales. *Turkaqaña*, técnica curativa por transplante para equilibrar la relación divinidad-hombre-naturaleza, es otra fuente de conocimiento que nos legó el notable investigador.

Puesta en claro, con enorme aportación, Alberto dice en *Turkaqaña* que la salud es el resultado de la interrelación dialéctica entre los *Apus* (dioses del señorío andino), la naturaleza y la comunidad humana. Curar un mal significa restaurar esa armonía quebrantada. La *Turkaqaña* como medicina social se practica mediante el transplante y la magia contagiosa. Esta técnica curativa se ha generalizado incluso en centros urbanos, siguiéndolo el desarrollo de las manifestaciones del folklore.

Su esencia consiste en la purificación del ambiente para recibir la presencia espiritual bienhechora de los *Apus* y su poder protector, que coadyuvará en el éxito del proceso curativo para expulsar la influencia negativa de los malos espíritus, protagonistas de la enfermedad.

**El universo andino**

El universo andino se organiza en tres espacios o mundos

que hacen al equilibrio de la existencia en el cosmos, explica Guerra Gutiérrez.

El *alajpacha* o *jaqaypacha*, entendida como "cielo", es el mundo de arriba, la morada de los dioses, allá donde se encuentran los espíritus divinos y el alma de nuestros antepasados. En estos ámbitos juegan las luces y las sombras, desde el alba, nido fecundo de calor donde funda su trono el sol, hasta la noche, misterioso manto salpicado de estrellas que cubre de paz y ensueño la calma espiritual del hombre.

*Alajpacha* es el cosmos, el aire que respiramos, el escenario donde se generan la lluvia, la nieve y el granizo, donde se impulsan el rayo, el viento y la tormenta.

*Alajpacha* en su etérea presencia, nos deja percibir el calor, el frío, la humedad, la sequía.

*Aqhapacha* o *Kayapacha* es el mundo del medio, el mundo de aquí, de esta tierra. Morada del hombre y ámbito del desarrollo de plantas y animales donde se materializa la procreación y la producción para la supervivencia humana.

Aquí se establece el solar, el *ayllu*, la *marca*, la nación y la patria; se levantan las aras de adoración a los dioses y se manifiesta el divino don de las deidades a las que a diario imploramos como alimento cotidiano.

Aquí se juzga la conducta humana, las pasiones que inspiran el bien y el mal como paulas para que la omnipresencia de los dioses premien o castiguen. *Aqhapacha* es el escenario donde el hombre goza de las bondades de la naturaleza, donde está su casa, su chacra, sus animales, su cosecha, sus caminos, su familia, su pueblo, todo al amparo de la *Pachamama*.

*Manqhapachao Ukhupacha* es el mundo de abajo. Todo lo que está y se desarrolla debajo de la superficie terrestre, o todo lo que genera vida desde el interior de la tierra. El fuego es el principio energético de la luz y el calor, y el interior de la tierra tiene fuerza calorífica para el desarrollo de las raíces que dan vida a las plantas. Por lo tanto, *Manqhapacha* no es ninguna fuerza destructiva o factor negativo dentro del ordenamiento de la naturaleza.

Al contrario, es una de sus partes constitutivas en el desenvolvimiento de energías creadoras en coordinación con las otras emergentes de la superficie terrestre y del espacio cósmico. Es la representación deificada del reservorio de riquezas y oportunidades para el desarrollo individual y colectivo de la humanidad.

**La Pachamama y el rito de la q'oa**

Alberto Guerra escribió sobre el mundo que le rodeaba, pero además escribió acerca del mundo del que él quiso rodearse.

Su compenetración con lo *aimara*, lo *quechua* y su profundo respeto por el espacio y el tiempo sagrado del mundo andino terminó convirtiéndolo en un oficiante, en un *yáñiri*. Su palabra profético-poética insuló rituales ecológicos.

El primer viernes de cada mes se podía compartir con él ofrendas a la *Pachamama*. Junto a la comunidad de almas que lo rodeaban en medio de la vaporosa humareda de *q'oa*, incienso y copal, entre *acuñicu* y *ch'alla*, pedía a los espíritus tutelares bienestar, salud, suerte y buenaventura. *Sumaj pa-chakipan*, decía, todos se abrazaban y sentían íntimamente que algo había cambiado.

Para comprender el significado de *Pachamama* en el ámbito religioso andino, como manifestación cultural primitiva y como valor que ha trascendido geográfica y espiritualmente los campos de la etnografía y el folklore, debe partirse de la esencia del pensamiento ideológico de los andes.

En el principio, fue *Wiracocha* el origen de la creación, y *Pachamama* el resultado mismo de esa creación. *Wira*, tierra, referida a la parte sólida del planeta y *cocha*, mar, lago, laguna o gran depósito de agua; de la unión de ambas energías, por el fenómeno de la fecundación, nace la vida (plantas, animales





## un Poeta Yatiri

### Molleda a la Academia Boliviana de la Lengua

civil, escritor y promotor cultural D. Luis Urquieta Molleda, se incorporó como miembro de número en el Salón Auditorio de la Fundación Cultural del BCB. El discurso —que aparece en su segunda página del académico D. Mariano Baptista Gumucio, se publica en la séptima página de esta edición.



y el hombre). Otras fuerzas dan, a su vez, origen a la luz, el sol, las estrellas, el rayo, las tempestades, incluso la muerte.

La *Pachamama* es la tierra en concepto deificado, Madre Tierra, diosa del bien. Personifica a la generosidad. Hace madurar los frutos, nos ofrece los minerales y riquezas guardadas en su seno.

Rigoberto Paredes, de su parte, dejó dicho: *el mito de Pacha-Mama, por los vestigios que aún quedan, debió referirse primitivamente al tiempo, tal vez vinculado en alguna forma con la tierra: el tiempo que cura los dolores, el tiempo que distribuye las estaciones, el tiempo que fecunda la tierra. Este devenir, con el transcurso de los años, las adulteraciones de la lengua y el predominio de otras razas acabó confundiéndose con la tierra.*

Como fuera, a esta divinidad se le rinde pleitesía mediante el ritual denominado *q'oa*. La celebración es la oportunidad para reparar la acción humana que ha hollado su entraña recóndita, al mismo tiempo que para agradecerle por los dones recibidos y pedirle que favorezca siempre nuestras peticiones.

El rito como hecho mítico religioso, debe cumplir formalidades de rigor. Si bien su práctica en muchos hogares es común, es mejor comprendida con la ejecutoria del *yatiri*. Como oficialmente, Alberto Guerra aprendió la simbología de la coca, la meditación, el magnetismo psicológico y otros secretos, que enriquecieron sus trabajos de investigación.

Cuando el *yatiri* oficia la *q'oa* en sitios destinados a este ceremonial, usa el *ara* sagrada para preparar la ofrenda. Ésta es una pieza lírica de superficie cuadrada cubierta por el *tarío aguayo*, y sobre ella elementos como: incienso, copal, alcohol, coca, vino dulce, agua, misterios, confeti, cigarros y azúcar.

El rito de la *q'oa* tiene también otras denominaciones: "mesa", porque reúne y relaciona al hombre con las fuerzas naturales y divinas; "misá", porque inspira fervor religioso; "cabalicada", término que viene de 'cábala' o transmisión oral

del saber andino ecológico "convite", porque se comparte y festeja con bebida, comida y música y; "alcancé" de Oálcancar, tributar o reverenciar a las fuerzas del bien.

El evento exige de sus participantes predisposición para el agradecimiento por los dones recibidos y fe en los peñitarios; es un trance que impide aprender a escuchar y entrar en la reflexión.

El poeta *yatiri* inicia el ritual invocando a los dioses tutelares, a los *mallkus* o cerros sagrados, a las *tallas* (esposas de los *mallkus*) y a las *wacas* (lugares sagrados donde reside el espíritu de los antepasados de sabiduría relevante). Para el *píjcheo*, los asistentes reciben la primera porción de la hoja sagrada extendiendo ambas manos, lo que significa dualidad y reciprocidad. El *yatinhumea* incenso en cada una de las cuatro esquinas de la mesa, comenzando por la derecha. Previene a sus circundantes que la ceremonia andina no va contra el catolicismo y que la tolerancia se simboliza con esta resina aromática. Recuerda que en la predica del sincrétismo religioso propio del mundo andino, también se reciben los sacramentos del bautismo y el matrimonio.

El *yatiri ch'allá* el *ara* con el vino repitiendo: "Por nuestros antepasados, por nuestros fallecidos, por los mártires, por las personas que conocemos, recordamos y queremos". De la segunda porción de coca recibida para el *píjcheo*, cada uno de los asistentes elige cuatro de las mejores hojas, "sopida" su *ajayu*, que es el alma, hábito o ánimo donde va la intención que los dioses percibirán, para depositarlas después sobre la mesa.

El *yatiri ch'allá* por tercera vez, dirigiendo ahora el brasero humeante a los cuatro puntos cardinales: al este de donde sale el sol, al oeste por donde se ve el ocaso, al norte de donde llegan los vientos y al sur de donde vienen las lluvias. "Que las energías de este ritual habiten en cada uno de nosotros para hacernos diferentes" reza el sacerdote andino. Todos en silencio.

Vuelve la *ch'allá*, ahora con alcohol, dirigida a las cuatro

esquinas del lugar de la ceremonia simbolizando salud, alimentación, trabajo y arte. El arte como libertad. Se ha encendido también una vela, pidiendo por la salud espiritual del ser. El agua puesta en la mesa, representa la savia nutricia de la *Pachamama*.

Hechas las peticiones y manifestados los agradecimientos, es el momento de entregar la ofrenda al fuego, el medio de comunicación con las fuerzas tutelares. Los participantes, impregnados del aroma del copal y el incienso, están en meditación. A punto de culminar el trance y conmovido por las palabras del sumo sacerdote, la esencia realimenta su interdependencia con el cosmos.

Llegado el momento dulce de la ceremonia y luego de la tercera y última porción de coca, el *yatiri* comparte vino con los presentes en una misma copa. *Jallalla!* dice, *jallalla!* es la respuesta en coro. Ubicados todos en círculo y tomados de las manos, se fusionan energías y se consolidan las relaciones humanas.

Cuatro participantes, uno en cada esquina, levantan la mesa del *tarío* la entregan al fuego; es cuando el poeta-yatiri ofrece su oración petitoria:

¡Oh! Pachamama, creadora de todo. /Tú que nos das la vida y nos amparas / hoy venimos a cumplir contigo, / y recibirás nuestra ofrenda...

Ustedes también Mallkus de los cerros recibirán / Qhemparani Mallku / Qhorisancuri Mallku, / Tunari Mallku / Azanaque Mallku / Tunupa Mallku.

Sukaj Mallku Tata / abogado de los pobres / danos todo lo que te pedimos.

Todos los Mallkus, / las Tallas y las Wacas recibirán / ¡Oh! Tata Sajama, poderoso Mallku de las montañas / de los ríos y los lagos / protégenos por la eternidad. ¡Jallalla! ¡Que sea en buena hora!

(Ésta es adaptación de una petición ch'ipayaj)

Ha concluido la ceremonia en medio de abrazos. Hay que dejar el lugar. Los dioses solos en su encumbrado silencio sabrán leer el sentido de nuestra ofrenda. Es hora del regocijo. Si hemos sido bien recibidos, el *píjcheo*, la comida y la música también nos sabrán ducir.

El verbo encarnado en la transparencia de las cosas, y el pensamiento entre la voz y la noche, se erguen para ratificar el antiguo pacto de la sangre y el misterio. Posado en el brasero, el fuego invoca la *Pacha*.

Señor director, señoras y señores académicos:

Que este rito recordatorio y de ofrenda a Alberto Guerra Gutiérrez, insigne boliviano —cuya desaparición no acaba de restar la pulsión herida de mis sentimientos—, sea también el marco propicio para sentirme entre ustedes. Se me ha señalado que ocuparé su silla, de ser así, creeré que los dioses tutelares de Alberto me han concedido esa gracia.

Y gracias a todos por haberme dispensado su atención.



# Efraín Huerta

Bibliografía poética: Silao, Guanajuato, 1914. Miembro de la generación de Taller (1938-1941). Periodista profesional, especializado en el comentario cinematográfico. Sus obras de poesía: *Absolute amor* (1935), *La línea del alba* (1936), *Poemas de guerra y esperanza* (1943), *Los hombres del alba* (1944), *La rosa primitiva* (1950), *Los poemas de viaje* (1956), *Estrella en alto* (1956), *La ralz amarga* (1962), *El Tajín* (1963), *Barbas para desatar la lujuria* (1965).



## Declaración de odio

Estar simplemente como delgada carne ya sin piel, como huesos y aire cabalgando en el alba, como un pequeño y mustio tiempo duradero entre penas y esperanzas perfectas. Estar vilmente atado por absurdas cadenas y escuchar con el viento los penetrantes gritos que brotan del océano: agonizantes pájaros cayendo en la cubierta de los barcos oscuros y eternamente bellos, o sobre largas playas ensordecidas, ciegas de tanta fina espuma como miles de orquídeas.

Porque ¡qué alto mar, sucio y maravilloso! Hay olas como árboles diluyentes, hay una rara calma y una fresca dulzura, hay horas grises, blancas y amarillas. Y es el cielo del mar, alto cielo con vida, que nos entra en la sangre, dando luz y sustento a lo que hubiera muerto en las traidoras calles, en las habitaciones turbias de esta negra ciudad. Esta ciudad de ceniza y tezontle cada día menos puro, de acero, sangre y apagado sudor.

Amplia y dolorosa ciudad donde caben los perros, la miseria y los homosexuales, las prostitutas y la famosa melancolía de los poetas los rezos y las oraciones de los cristianos. Sarcástica ciudad donde la cobardía y el cinismo son alimento diario de los jovencitos alchacuetes de tales ondulantes, de las mujeres asnas, de los hombres vacíos.

Ciudad negra o colérica o mansa o cruel, o fastidiosa nada más: sencillamente tibia. Pero valiente y vigorosa porque en sus calles viven los días rojos y azules de cuando el pueblo se organiza en columnas, los días y las noches de los militantes comunistas, los días y las noches de las huelgas victoriosas, los crudos días en que los desocupados adiestran su rencor agazapados en los jardines o en los quicios dolientes.

¡Los días en la ciudad! Los días pesadísimos como una cabeza cercenada con los ojos abiertos. Estos días como frutas podridas. Días enturbiados por salvajes mentiras. Días incendiarios en que padecen las curiosas estatuas y los monumentos son más estériles que nunca.

Larga, larga ciudad con sus albas como vírgenes hipócritas, con sus minutos como niños desnudos, con sus bochornosos actos de vieja discoteca y aparatosa, con sus callejuelas donde mueren extenuados, al fin, los roncos emboscados y los asesinos de la alegría.

Ciudad tan complicada, hervidero de envidias, criadero de virtudes desechadas al cabo de una hora páraro sofocante, nido blando en que somos como palabra ardiente desolada, superficie en que vamos como un tránsito oscuro, desierto en que latimos y respiramos vicios, ancho bosque regado por dolorosas y punzantes lágrimas, lágrimas de desprecio, lágrimas insultantes.

Te declaramos nuestro odio, magnífica ciudad. A ti, a tus tristes y vulgares burgueses, a tus chicas de aire, caramelos y limes americanos, a tus juventudes ice cream llenas de basura, a tus desenfrenados maricones que devastan las escuelas, la plaza Garibaldi, la viva y venenosa calle de San Juan de Letrán.

Te declaramos nuestro odio perfeccionado a fuerza de sentirte cada día más inmensa, cada hora más blanda, cada línea más brusca. Y si te odiamos, linda, primorosa ciudad sin esqueleto no lo hacemos por chiste refinado, nunca por neurastenia, sino por tu candor de virgin desvestida, por su mes de diciembre y sus pupilas secas, por tu pequeña burguesía, por tus poetas publicistas, ¡por tus poetas, grandísima ciudad!, por ellos y su enfadosa categórica de descastados, por sus flojas virtudes de ocho sonetos diarios, por sus lamentos al crepusculo y a la soledad interminable, por sus retorcimientos histéricos de prometeos sin sexo o estatuas del sollozo, por su rítmico de asnos en busca de una flauta.

Pero no es todo, soberana ciudad de lenta vida. Hay por ahí escondidos, asustados, acaso maslurbándose, varias docenas de cobardes, niños de la teoría, de la envida y el caos, jóvenes del "sentido práctico de la vida" ruinas abandonados a sus propios orgasmos, viles niños sin forma masculinando su ledio, especulando en libros ajenos a lo nuestro. ¡A lo nuestro, ciudad!, lo que nos pertenece, lo que vierte alegría y hace illorecer júbilos, risas, risas de gozo de unas bocas hambrientas, hambrientas de trabajo, de trabajo y orgullo de ser al fin varones en un mundo distinto.

Así hemos visto limpias decisiones que saltan paralizando el ruido mediocre de las calles, puliendo caracteres, dando voces de alerta, de esperanza y progreso. Son rosas o geranios, claveles o palomas, saludos de victoria y puños relatorados. Son las voces, los brazos y los pies decisivos, y los rostros perfectos, y los ojos de fuego, y la táctica en vilo de quienes hoy te odian para amarte mañana cuando el alba sea alba y no un chorro de insultos, y no río de fatigas, y no una puerta falsa para huir de rodillas.

## La muchacha ebria

Este lánquido caer en brazos de una desconocida, esta brutal tarea de pisotear mariposas y sombras y cadáveres; este pensarse árbol, botella o chorro de alcohol huella de pie dormido, navaja verde o negra, este instante durísimo en que una muchacha grita, gestúlica y sueña con una virtud que nunca fue la suya. Todo esto no es sino la noche, sino la noche grávida de sangre y leche, de niños que se asfixian, de mujeres carbonizadas y varones morenos de soledad y misterioso, sofocante desgaste. Sino la noche de una muchacha ebria cuyos gritos de rabia y melancolía me hirieron como el llanto purísimo, como las náuseas y el rencor, como el abandono y la voz de las mendigas. Lo triste de este llanto, amigos, hecho de vidrio molido y fúnebres gardenias, despedazadas en el umbral de las cantinas, llanto y sudor molidos, en que hombres desnudos, con sólo negra barba. y feas manos de miel se bañan sin angustia, sin tristeza, llanto ebrio, lágrimas de claveles, de tabernas enmohecidas, de la muchacha que se embriaga sin tedio ni pesadumbre, de la muchacha que una noche, y era una santa noche, me entregara su corazón derretido, sus manos de agua caliente, césped, seda, sus pensamientos tan parecidos a pájaros muertos sus torpes arrebatos de ternura, su boca que sabía a laza mordida por dientes de borrachos, su pecho suave como una mejilla con fiebre, y sus brazos y piernas con tatuajes, y su naciente tuberculosis, y su dormido sexo de orquídea martirizada. Ah la muchacha ebria, la muchacha del sonreír estúpido y la generosidad en la punta de los dedos, la muchacha de la cónfiada, inefable dulzura para un hombre, como yo, escapado apenas de la violencia amorosa. Este tierno recuerdo siempre será una lámpara frente a mis ojos, una fecha sangrienta y abatida.

Por la muchacha ebria, amigos míos.

La poesía de Efraín Huerta se singulariza por la disensión frente a lo establecido. Contra la contemplación que descubre los matices de lo inolvidable, no capta más asombro que resolver su protesta con lenguaje frecuentemente "antipoético", mezclado con emoción nunca exenta de ternura. Dentro de esos dos extremos fluctúan sus sentimientos, lo mismo cuando recuerda un deseo perdido que cuando invoca el recinto de la soledad. A sus manos las formas llegan convertidas en pretextos para decidir que la quietud domina alrededor. Aun el alma, último refugio en que se acoge el inconforme, es emblema de zozobra, reino de las linieblas por donde cruza la desesperación. Revolucionario a veces, siempre desesperado, Huerta no concede cuartel a su convicción de proyectar su protesta en todo lo que toca. Pero si en esto estribá su originalidad, también ha de observarse que su espíritu, así se muestre nutritivo de violencia, se sustenta en un amor por sus semejantes que impregna toda su poesía.

## Ingreso de Luis Urquieta a la Academia

Discurso de respuesta del académico D. Mariano Baptista G. a "El itinerario de un Poeta Yatiri" expuesto por D. Luis Urquieta M. con motivo de su ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

Cumplio con la honrosa misión que me ha encomendado la Academia Boliviana de la Lengua, de responder al discurso de ingreso a nuestra institución, de D. Luis Urquieta Molleda que ocupará la silla que perteneció a Alberto Guerra Gutiérrez. Creo que al empezar vale decir algo sobre el hecho que a algunos les parecerá insólito de que la Academia haya elegido, esta vez, a un ingeniero civil, abogados, periodistas y algunos médicos, todos ellos naturalmente, autores de libros y cultores de la lengua castellana. La Real Academia de Madrid, tiene también miembros de diversas profesiones con el mismo denominador común y esta tendencia se ha difundido a otras dociles instituciones afines, siempre claro está, que los miembros cumplan con los dos requisitos que mencioné antes.

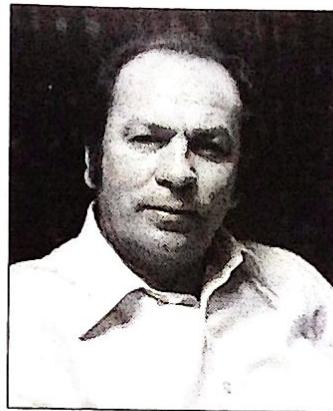
El caso de Luis Urquieta Molleda, es similar, pues si bien la ingeniería le ha dado el "haber mantenimiento" que declara el Archipreste de Hita, las letras han sido la pasión dominante de su vida. En su libro "Sol de otoño", que tuve el privilegio de prologar, Luis reúne un conjunto de 35 ensayos sobre libros, autores, pintores y obras arquitectónicas y siete cuentos de su propia inspiración, obra amenísima que puede abrirse en cualquiera de sus páginas, sabiendo que nada de lo que se encuentre es marginal o secundario.

Yo iría un poco más lejos, al decir que la cultura en general ha tenido en él a un incansable, denodado y generoso defensor, pues al igual que Alberto, toda actividad cultural que se ha realizado en Oruro ha contado siempre con su apoyo decidido en las últimas décadas. Su esposa Esther y sus hijos, Luis Iván, Gorky, Marcelo y Patricia se habituaron hace ya más de diez años, a la aparición de un personajillo, vestido de ríguroso blanco, capa y sombrero alón, que infaltablemente visita la casa cada quincena, llevando en sus manos un cofre de pensamientos, evocaciones y poemas. Quien le da vida a ese fantasma juguetón y eruditó, en el periódico "LA PATRIA" de Oruro, junto a un meritorio grupo de intelectuales y artistas es Luis Urquieta Molleda. El Duende, no cumple años, sino números y ya ha llegado a los 400. ¿No es ésa una hazaña única en la prensa boliviana, cuando otros periódicos han suprimido de plano sus suplementos literarios o le dan a la cultura un espacio cada vez más desmedrado? Poreso el beneplácito de todos nosotros al contar desde hoy, con el aporte y las luces del flamante miembro.

Luis Urquieta, ha escogido como tema de su disertación la obra poética y antropológica de Alberto Guerra Gutiérrez. En mi última visita a Oruro y teniendo en mente este compromiso, busqué las huellas de Alberto y encontré que él había participado en innumerables emprendimientos culturales, dejando en ambos campos, una caudalosa producción lírica y científica que lo enaltece como una de las figuras más importantes de la cultura boliviana de la segunda parte del siglo XX.

¿Qué no hizo Alberto desde que tuvo uso de razón hasta que la muerte se le cruzara en una calle de su ciudad natal? Fue Secretario de Cultura del Sindicato de trabajadores de Machacamarca y Director de la radio de esa localidad, coordinador y director de innumerables periódicos y revistas, Director de la Casa de la Cultura de la Universidad de Oruro, Oficial Mayor de Cultura de la Alcaldía Municipal, Presidente de la Unión Nacional de Poetas y Escritores, filial Oruro, miembro de la Asociación Mundial de Escritores (PEN International), co editor del anuario de la Unión de Poetas de Oruro y miembro del Consejo Editor de "El Duende". Asistió prácticamente a todos los eventos poéticos que se hicieron en nuestro país, pero también viajó a la Argentina, Chile, Perú, Estocolmo, Florencia, participando de encuentros culturales. Hoy mismo se halla abierta en el museo Patiño de Oruro, una sala en la que se exhiben los libros, diplomas y reconocimientos que Alberto recibió de diversas instituciones, incluido el premio "Gunnar Mendoza" de Gestión Cultural que es la más alta presea que concede el Estado boliviano, en ese campo.

No abundaré en su labor antropológica cuya importancia ya ha sido destacada por Luis, pero destacaré sin



embargo, el enorme mérito que la predica de Alberto hizo para que la UNESCO, reconozca el carnaval de Oruro, como patrimonio intangible de la humanidad. No encuentro otra persona como él, que haya penetrado tan hondo en los mitos y creencias del pueblo andino, revalorizando todo ese universo misterioso que hasta hace tan pocos años, era desconocido o menospreciado por los estamentos dominantes. Alberto fue de los primeros en convivir con el pueblo Chipaya y buscar las claves de su cultura dos veces milenaria. Pocos como él han logrado, no sólo comprender, sino identificarse con el "otro" en lugar de observarlo con recelo y desdén, como ha sucedido tantas veces, acentuando así los abismos de una sociedad fragmentada e incapaz de dialogar. Con el tiempo Alberto adoptó el traje del minero, lo acompañó en sus penas y desvelos, sintió el hambre de sus niños y mujeres, que transformó en versos iracundos y conmovedores. Su última transformación, la más densa y llena de saberes fue en sacerdote originario, es decir, yatiri, el hombre que se comunica con los dioses tutelares en ceremonias sincréticas donde son convocados la Pachamama y las imágenes del santoral católico, para ayudar a las gentes que buscan consuelo y esperanza.

El nacimiento del "El Duende" y otras aventuras intelectuales, hicieron de Alberto y Luis, amigos entrañables. "Sin amigos –dice Aristóteles– nadie escogería vivir, aunque tuviera los demás bienes". Cicerón añade que la amistad es "una identidad completa de sentimientos acerca de todas las cosas que existen en el cielo y la tierra, una identidad que se fortalece mediante la buena voluntad y el afecto mutuo".

Así fue él, en caso de estos dos amigos, y si algo lamentó hoy, es no haberme acercado más a Alberto, en vida. Ello no fue posible por razones geográficas, pero pienso que debí charlar reposadamente con él, cuando visitaba Oruro o cuando él venía a las sesiones de la Academia. Ahora que ya es tarde, pienso en todo lo que habría podido aprender de ese sabio chamán, volcado a las causas populares, de ese poeta de sensibilidad exquisita.

Ante su ausencia física irremediable quisiera por lo menos convocarlo en algunos de sus versos. Cuando habla por ejemplo de su corazón: "Envejecido de caminos, / sin salir aún del loco afán / de amar con desenfreno / y cuando se sentía / un muelle abandonado, / desterrado de mí voluntariamente / mi corazón latiendo desorbitado, / se ha convertido en puerto de paz / para la espera, / un puerto para los ojos / de claros orígenes, / para los labios / de uva concentrada y suave, / de grano prodigioso como el trigo. / Se ha convertido en puerto, / sabiendo que clamor / es un líquido para fabricar / crepúsculos y ansiedades / y que para disimular su hastío / encontrarás siempre: un sauce / junto a todos sus caminos".

Sin bienes materiales, pero con un tesoro infinito de sentimientos a flor de piel, Alberto estaba dispuesto a regalar el único bien que tenía, como expresa en su poema "Regalo inusitado" del que recordaré algunos versos: "Te

regalo mi corazón, / hecho de antiguos carbones, / de amianto y fibra de sangre conmovida en su latido. / Él siempre estuvo junto a mí / como toda esperanza, / ahora mismo guardo en mi pecho / su dolor como un tesoro / y sin embargo, vuelvo a ofrecerlo así, / como en lejanas playas de otro tiempo. / Te regalo mi corazón / quemado por la angustia; / naufragio al fin, / al fin espera como los puertos. / Te regalo mi corazón / ya que no le entiendo, / tiene cansados los caminos / y turbios paces traijando / el fondo diáfano de su vida, / bajo la sombra de altos pinos, / sobre el pasto de amor / que no comprende. / Te regalo mi corazón, / puede ocupar un lugar, el más sencillo / entre las cosas más íntimas / que aún conservas / ya que se ha limitado, y acostumbrado / a vivir desesperado..."

Quien no sepa que toda la vida de Alberto transcurrió en las pampas arenosas de Oruro, recorridas por el viento, donde la naturaleza ofrece con grandes dificultades algunos arbustos de dura corteza, se sorprenderá de encontrar en su poesía frecuentes alusiones a ríos, arroyos, árboles coposos, nidos y senderos floridos, y es que el amor que sentía por su tierra hacía que ante sus ojos, ésta se transformara en un vergel. Pocas veces se rindió al desaliento como cuando escribió: "Ésta es la tierra endurecida de tiempo / de mentira, de odio y envidia: / tierra sin límites en el desenfreno / de las cosas, / como noche que apaga sus luceros / para entregarse a la tormenta / del pecado".

Y en cambio sobreponiéndose al dolor, la pobreza y el expolio que venía en su entorno, fue el gran cantor de los mineros, de los niños, de los indígenas. Rescató sus creencias y las hizo suyas; rechazó la idea de que el "yo", fuese un ser maligno, pues los obreros de los socavones al igual que a la Virgen del Socavón le rinden pléitesia, compartiendo con él, trago, humo y acúlico. Fue en fin, un hombre que creía en la tierra de su nacimiento y en el país que lo vio nacer, aunque lo amaba como Unamuno a España con harta pesadumbre. Veamos sino partes de su canto de "lento asombro de paloma herida". Dicen así, algunos de sus versos:

"Duele tu nombre desde adentro. / Duele tu sombra / que se llama historia; / la piedra que es tu canto / duele como duelen las cenizas / del amor y la perficia. / Duele Bolivia tu herida / que se hace sangre / en nuestra carne lacerada, / duele tu herida en la montaña, / duele tu herida de sereno valle, / en la llanura fértil / y en la selva traicionada. / Duele desde adentro tu espesura / que se hace espesa / en los andenes de la muerte, / en la temura de tu lento asombro / de paloma herida; / duele tu sangre de Calama / y Riosinho / tu petateo en Picubá / y Villamontes, / tu estanque que es sangre / de fibra endurecida / duele en Catavi y en Milluni, / en Teoponte, en Matilde / y en Huanuni; / duele tu sangre que es savia / de amargos cañaverales / en la zafra de Tucumán / y la Esperanza; / duele el minero en su soledad / con su alcohol y su coca / que es la urgencia de otra herida; / duele el que ya no es pongo / por ser peldaño / de los que están arriba / –duele Terevinto y Ucureña– / duele el labriegu / que no conoce la semilla, / duele el obrero, / duele el pueblo que es el yunque / de todas las mentiras. / Duele Bolivia tu sombra / que se llama historia / y duele tu destino / de lento asombro / de paloma herida".

Algunos miembros de la Academia acompañados por Luis fuimos al cementerio de Oruro a dejar algunas flores en la tumba de Alberto. "El duende", le dedicó una edición completa a su memoria. Pero Oruro y Bolivia todavía están en deuda con él. Habría que recoger en sendos tomos su obra antropológica y su caudal literario. Sólo basta empezar porque como él mismo decía: "en todo hay una distancia, pero el amor es el camino".

## Milagros de la pintura boliviana

# MARIO PINTO CALDERÓN



Potosí, 1937 Premios: Primer Premio en Acuarela en el Salón "Pedro Domingo Murillo" - 1985. Premio Unico en Acuarela en el Salón "Pedro Domingo Murillo" en 1993.

Sin embargo de haber nacido en Potosí, su espíritu se entibia y va en ascenso hasta llegar al calor que transmite a sus acuarelas. Calor y color en una pintura nada problemática donde su perfil creativo está cerca de la abstracción, dentro de una opción figurativa.

Es una paleta imaginativa con excelente manejo del color, ese que transporta la naturaleza sin adulterar la luz ni restar sombras. Por algo fue discípulo del maestro Ricardo Pérez Alcalá. Pinto es un artista más de la segunda parte de nuestro siglo pues por los años 50 egresa de la Universidad Tomás Frías en su entrañable tierra minera.

Más de una vez intercaló su pintura con la talla en instrumentos. Aquellos chivos trepando el pedregal son estampas de Patria adentro donde se convive con los pastores y sus tiempos rebaños, donde se recrea la mañana junto a la tranquilidad de los arroyos, algo lejos de las montañas generosas de minerales. En esos confines de tierra nuestra, el paisaje juega a las escondidas con la dureza del metal, y entre tierra humeda y revuelta, algunas flores hacen risueño el lugar donde nacerá la inspiración en un cuadro del pintor.

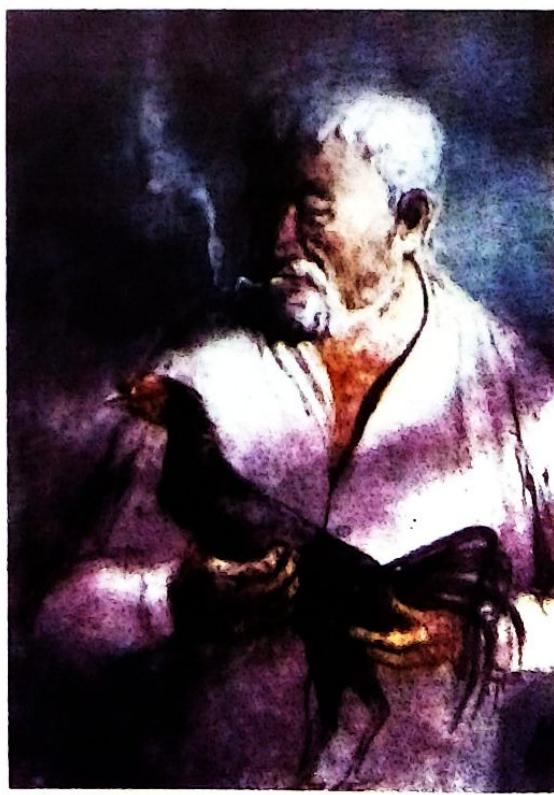
Ahi en ese fierzo está todo el señorío rural del "Gallero viejo", con el cigarrillo pegado a los labios dejando trepar al cielo el humo envuelto en la luz de una tarde cruel, aquella en que los gallos alborotaron sus plumas multicolores y caminaron de costado antes de emprender la pelea a muerte con el afilado espolón donde brilla una lámina cortante.

Estampa costumbrista en el lienzo de Pinto, donde el gallero parece dialogar con las sombras que se precipitan desde lo alto. El gns del humo queda para siempre en el cuadro. La pintura de tonos bajos resalta el sombrero sobre una cabeza encanecida. Todo se hace asiranza retenida en la nostálgica memoria del vulgo, mientras otros, los pintores, llevan la imagen a la tela artística para ensayar la libertad de creación cromática al impulso del recuerdo y la imaginación.

Mario D. Ríos Gastelú



"Viejo gallero" - Acuarela



"El balcón de las macetas" - Acuarela - 87 x 77 cm.